

Permanencias y cambios en la clínica psicoanalítica con niños y adolescentes

Virginia Ungar

La propuesta para pensar alrededor de los términos *tradición e invención* es amplia e inclusiva y así puede abarcar tanto la teoría como la técnica y la clínica psicoanalíticas.

Si bien en una primer mirada proponer para la reflexión dos términos que podrían ser considerados como opuestos por una lógica binaria “o esto o aquello”, la conjunción *e* admite propuestas que permitan la yuxtaposición, el “esto y aquello” y también la consideración del “entre”, ese espacio que queda entre ambas proposiciones.

He decidido centrarme en la clínica con niños y adolescentes pues pienso que este es el área de nuestro trabajo como analistas que más nos interpela hoy sobre el tema de cambios y permanencias en Psicoanálisis.

Centrarnos en esta franja etaria me va a permitir traer algunas reflexiones sobre el efecto que tiene en los seres en proceso de subjetivación las características de la cultura actual. En la historia del Psicoanálisis se puede ver con facilidad que son los hallazgos clínicos los que llevan a la posibilidad de teorización y, a su vez, la teoría enriquecida permite dar cuenta de nuevas posibilidades de observación.

El concepto de *Transformaciones* de Bion resulta pertinente para abordar los cambios y permanencias ya que este autor en los primeros capítulos de *Transformaciones* (Bion, 1965), utiliza este término-en español *transformaciones*- junto con el de *invariancia* que pueden ser equiparables a *invención- tradición* y a *cambios-permanencias*

Como es sabido, Bion propuso la teoría de las transformaciones para la práctica y sobre todo para la observación psicoanalítica. Para presentar sus ideas, propone el recordado ejemplo del artista que pinta un campo de amapolas. Dice que en un extremo está el campo con las flores y en el otro la tela con la pintura. A pesar de la transformación que

ha hecho el artista sobre lo que vio para llegar a un cuadro, hay algo que permanece inalterado y de ese algo depende el reconocimiento que a aquél que observa la pintura le permite hacer del campo de amapolas. A ese algo, Bion lo llamó *invariante*. Definió como *invariantes* a los “elementos que intervienen para formar el aspecto inalterado de la transformación”. Agregó además que el psicoanálisis puede ser incluido en el grupo de las transformaciones.

Así como para un artista las invariantes para representar la realidad van a cambiar según su técnica y entonces van a producir transformaciones diferentes, los analistas interpretarán de manera diferente un mismo material clínico al jerarquizar distintas invariantes de acuerdo a la teoría que utiliza. Bion hizo la propuesta de clasificar las teorías psicoanalíticas “de acuerdo al tipo de transformación y con las invariantes asociadas”. Si esto fuese posible se lograría algo muy importante en el camino de conceptualizar las semejanzas y diferencias entre las teorías psicoanalíticas alejadas de una clasificación según escuela o autores.

Invenición y tradición, cambios y permanencias, o transformaciones e invariantes, aparecen como términos de un par. No puede haber un cambio sino es sobre la base de una persistencia, en toda transformación veremos la marca de la invariante, de lo inalterado.

Los analistas sabemos de esto porque para que la transferencia se desarrolle, es más, para que la neurosis de transferencia se despliegue, es condición el encuadre analítico instalado. No me estoy refiriendo a una noción de encuadre que apoya sobre las condiciones formales del mismo sino a la noción a mi juicio más psicoanalítica, aquella que lo toma como una condición a ser internalizada ligada a la llamada *actitud analítica*.

El encuadre constituye el aspecto técnico del método analítico que provee de las condiciones necesarias para que la transferencia se despliegue.

Creo que es importante, y mucho más en el trabajo con niños y jóvenes, sostener un encuadre pero no permitir que el mismo sea una coraza que sofoque la creatividad del analista y no admita la flexibilidad necesaria para que el análisis con personas en desarrollo tenga lugar.

Transferencia-contratransferencia-encuadre internalizado ¿no son invariantes o permanencias?

Al decir invariantes o permanencias, no decimos que estos conceptos no puedan sufrir variaciones, permanencia no es inmutabilidad, es constancia, persistencia, base sobre la cual el cambio tendrá sentido.

Retomando el tema tradición-invencción, uno de los ejes de discusión en la actualidad que se sostiene hace más de una década se centra en si la transferencia se trata de un fenómeno ligado a la repetición, siguiendo la clásica idea presentada por Freud (Freud, S. 1912) en que en la relación analítica se repiten “clisés” desplegados sobre la figura del analista, o si en la relación entre paciente y analista ocurren además, hechos que evidenciarían la existencia de fenómenos no subsumibles a repeticiones del pasado pero que aún así, son de relevancia en la clínica psicoanalítica. Los defensores de esta línea (Berenstein, Puget, Moreno,) sostienen que la interpretación de estos emergentes “novedosos” o inéditos en términos de repetición del pasado podrían anular su efecto posible en la labor terapéutica.

Berenstein, quien presentó estas ideas en 1998, para retomarlas en 2001, propone caracterizar “a la transferencia analítica como un vínculo, una estructura donde se relacionan dos o más, pero en este caso, dos sujetos de deseo, paciente y analista, que

proponen uno al otro dos trabajos a realizar simultánea y sucesivamente” (Berenstein, I., 2001:172) .

Este autor dar lugar a la concepción que llama *vincular*, que parte del hecho de que paciente y analista configuran un vínculo, para llegar a postular a la *transferencia como situación vincular* en la que hay lugar para la reproducción de algo anterior en el marco de la relación de objeto y también para lo nuevo como producción del vínculo que involucra la relación *con* el objeto y *con* el otro.

Luego especifica que la primer tarea en un análisis será la de desplegar las experiencias infantiles del paciente con la puesta en juego de sus relaciones de objeto. Esto implicará una sutil labor de articular determinaciones tempranas de semejanzas y diferencias en el transcurrir del tiempo, es decir en el funcionamiento mental entre la percepción de nuevas experiencias y la estructura de las que ocurrieron en la infancia.

Otro trabajo será el que se da en ambos sujetos al momento de encontrarse con el *otro* de la relación, con una ajenidad que no es atribuible a ninguna experiencia infantil, inaugurando un campo de novedad que Berenstein llamará *novedad radical*. El primer modelo se encuadraría en el campo de la relación de objeto y del otro como objeto, mientras que el segundo sería el de la relación *con* el *otro* propiamente dicho.

La emergencia de lo nuevo puede darse en tres modalidades, en el sentido de una nueva versión de un texto inmutable, en la modificación por agregados a un texto, o se puede producir un texto nunca producido antes. Este último sería el caso de lo “radicalmente nuevo”.

Janine Puget (Puget, J., 2001) trabaja con la idea de que “la situación analítica no es solo repetición de otra que ya aconteció sino que en si es específica, crea nuevos

significados y en ese espacio crea una nueva historia, la que el paciente supone ya vivida pero que aún falta vivir...”

Para esta autora hay una oposición entre la “transferencia repetición” y la “transferencia creativa”. En ese sentido, lo conocido interfiere al otorgar significaciones previas a lo que está ocurriendo y puede incluso impedir la emergencia de las significaciones que se producen en el nuevo encuentro.

Julio Moreno ya en el año 2000 hace una fuerte afirmación al decir que el Psicoanálisis fue el *invento* de Freud y no un *descubrimiento*. Justifica esta distinción diciendo que antes de Freud “*no había* inconciente freudiano, para que éste existiera fue necesario que alguien (Freud) lo invente, lo haga ser”.(Moreno, 2000: 123-124) Aclara luego que antes del invento, ls condiciones estaban dadas para que éste “emergiese”, pero en realidad es el invento el que genera sus antecedentes.

Retoma el tema planteado por Berenstein acerca de lo *radicalmente nuevo*, para insistir que esta idea no abarca solo lo novedoso (una nueva combinación de elementos preexistentes o un despliegue de potencialidades) sino también “la adquisición de una nueva clave no homogénea con las existentes, que hasta entonces era imposible para esa situación” (Moreno, 2000:131)

Si se parte de una idea contrapuesta a ésta, en una concepción histórica, la idea preexistía y sólo faltaba que alguien la descubra. Como se puede deducir con facilidad, el posicionamiento en la clínica de la transferencia va a ser muy diferente según se adopte uno u otro punto de vista.

Moreno (Moreno, J. 2002), más adelante, propone también considerar a la transferencia como un vínculo en el que se pueden diferenciar dos vertientes: *la asociativa* y *la conectiva*. El aspecto asociativo remite a la noción freudiana del desplazamiento de

imágenes inconscientes sobre el analista, mientras que el conectivo se relaciona con la posibilidad de *encuentros* con algo que no es asociable; no consiste en algo previamente existente desde el punto de vista asociativo, sino que se produce en el encuentro mismo.

Esta corriente de pensamiento de Berenstein, Puget y Moreno, que en la época de la publicación de sus ideas dejaba ver además de la impronta personal de cada uno de los tres autores, la influencia común del trabajo sobre la noción de acontecimiento de Alan Badiou, introducidos por Ignacio Lewkowitz, que dejó una impronta muy fuerte y un camino de gran productividad en nuestro medio.

Hecha esta larga pero necesaria introducción, en la que además se incluye un cierto homenaje a Isidoro Berenstein de la manera que me resulta más rica, mostrando que sus ideas acerca de lo radicalmente nuevo han sido cruciales en la clínica psicoanalítica abriendo camino para la aparición de más de *lo nuevo*, que si somos fieles a su pensamiento, no tendrá necesariamente que coincidir no solo lo que él pensaba sino con cuestiones hasta muy diferentes, llega el momento de los cambios, aquello que vemos en nuestro trabajo diario en el consultorio con los niños y jóvenes.

Antes de ir de lleno en el tema, quisiera dejar planteado que si bien las consideraciones acerca de la transferencia se refieren al análisis de adultos, no veo ninguna dificultad de hacerlos extensivos al tratamiento con niños y adolescentes. La polémica de los años veinte entre Anna Freud y Melanie Klein sobre las posibilidades de que un niño desarrolle una neurosis de transferencia ha quedado muy atrás. Es más, el análisis con seres en proceso de subjetivación plantea cuestiones que interrogan al corpus teórico psicoanalítico, a la técnica y a la clínica.

Para referirnos de manera detallada y fundamentada a las características de la época en que vivimos es necesario un enfoque multidisciplinario. Pero también es cierto que los

psicoanalistas, desde nuestra posición de observadores privilegiados, podemos hacer aportes que no sólo nos ayuden a pensar a nosotros mismos y a nuestros colegas sino que resulten útiles a todos aquellos que trabajan con niños y jóvenes en diferentes campos como la Pediatría, la Educación, o el Derecho entre otros. Voy a centrarme solo en dos cuestiones porque son las que más nos interrogan en nuestra clínica actual: las condiciones de crianza y el mundo mediático, que a su vez se influyen mutuamente.

En nuestra época los cambios se producen de manera muy acelerada. Como dicen los historiadores que la historia no se puede escribir mientras los hechos están ocurriendo, tenemos que pensar que los cambios en Psicoanálisis, sobre todo en la teoría psicoanalítica, se verán retrospectivamente. De todas maneras, algo podemos atisbar.

Los modelos de la mente con que llevamos adelante nuestra práctica dependen de las teorías sobre el psiquismo temprano que los sustentan. La polémica que tiñe ciertas discusiones acerca de si endogenismo o ambientalismo en cuanto a lo que predomina en el armado de la psiquis a mi juicio resulta obsoleta. Prefiero pensar en los momentos fundantes de la vida psíquica como en un *encuentro* que tiene que darse entre el recién nacido y el mundo-representado por la madre-. Esto así enunciado parece muy simple pero de hecho es de una complejidad enorme al estar cada uno de los términos involucrados, sujetos a múltiples factores.

La familia que recibe al recién nacido está inmersa y sobre todo determinada por la cultura que habita. La producción de diferentes subjetividades va a cambiar de acuerdo a los diferentes medios sociales en los que un individuo realice su proceso de desarrollo.

Lejos están las épocas en que el psicoanálisis podía hacer sus lecturas haciendo eje con exclusiva predominancia ya sea del mundo interno o del ambiente. Tanto el paciente con quien el analista se encuentra como el terapeuta mismo son seres socializados.

Podríamos considerar a éste como uno de los *cambios*, el agotamiento del debate sobre si lo que prevalece en la constitución del psiquismo temprano es el mundo interno o el mundo externo.

En cuanto a las *condiciones de crianza*, las familias actuales que nos consultan, en un gran porcentaje que por otro lado es creciente, no se ajustan al modelo de familia nuclear burguesa- ejemplo de la época en que nacía el psicoanálisis de niños-. En ese modelo de familia la sexualidad de la pareja conyugal monogámica y heterosexual resultaba el paradigma de la sexualidad *normal*.

Los niños y jóvenes que vemos en nuestra consulta hoy pertenecen muchas veces a lo que se denomina *nuevas configuraciones familiares*. Las familias ensambladas, las monoparentales, los hijos de madres adolescentes, los nacidos de tratamientos por fertilización asistida, la crianza de niños por parte de parejas homosexuales, nos plantean interrogantes. Es más, somos los adultos los que denominamos a estas constelaciones como nuevas configuraciones, los niños las habitan naturalmente. Pronto no va a ser nada extraño para ellos tener un compañerito de escuela con dos mamás o dos papás.

Estas situaciones no tienen que traer necesariamente conflictos para el niño. Nuestra clínica nos indica que, en la gran mayoría de los casos, si los trae, se debe a la incapacidad de los adultos que están involucrados en la situación, de procesar y elaborar los duelos que implica cada uno de estos cambios.

Los momentos inaugurales en la constitución de la subjetividad de un niño van a estar, como hemos dicho, condicionadas por las expectativas de la familia que lo alberga hasta tal punto que los trazos iniciales en el armado de la subjetividad incluyen esas expectativas. Estas, a su vez, están determinadas por lo que cada sociedad inmersa en su época a su vez, determinadas por los discursos que en cada sociedad y en cada época pautan qué es “un niño”.

En este punto resulta útil retoma los conceptos de “infancia” y “niño”. Me baso en la diferencia que hace Julio Moreno (Moreno, J, 2002) al plantear que la construcción de la subjetividad de un niño resulta de la compleja interacción entre su cuerpo biológico y los discursos que reglamentan las relaciones del medio en que habita. Distingue así “infancia” como el conjunto de intervenciones institucionales que, actuando sobre el niño “real” y su familia, producen lo que cada sociedad llama *niño*. Es así que “niño” sería el producto de los efectos de la *infancia* sobre una materialidad biológica. La *infancia* será variable para cada época, la que a su vez, producirá, *niños* distintos.

Estamos hablando de la realidad, sin entrar en ninguna cuestión filosófica, simplemente tratando de caracterizar ese ambiente que genera los discursos con que interactúa el “niño biológico” para dar lugar a su subjetividad de niño.

Cada uno de los modelos familiares que mencioné, ponen en cuestión de qué *infancia* y de que *niño* hablamos hoy. Como analistas, sólo podemos abordar a cada persona en su singularidad. Aunque un niño sea parte de una familia llamada “tradicional” interactúa con niños que provienen de otros medios, para los niños de hoy, ser amigo o compañero de hijos de padres separados es tan común, que ni preguntan acerca del tema en la casa.

Un tema muy interesante se planteó cuando fui invitada por la APsA (American Psychoanalytic Association) a discutir en un taller clínico de dos días, un material de

análisis de un niño de cinco años de edad que fue adoptado a los ocho meses en un país de Europa del Este por una pareja de padres homosexuales. .

Discutimos la presentación durante varias horas, si lo leen verán que es un caso apasionante. Se trata de un tratamiento analítico con alta frecuencia de sesiones, que comenzó un niño a los 5 años por tener problemas en la socialización, empujaba y golpeaba a sus compañeros, orinaba en el suelo y también atascaba los baños con metros de papel higiénico, también corría en los estacionamientos sin hacer caso de las advertencias de su padre.

El análisis duró varios años y está presentado de manera detallada. La analista realizó cambios en el encuadre de acuerdo a las necesidades de cada momento del tratamiento, como incluir durante un período a uno de los padres

Esta tarea de discusión me obligó a enfrentarme con mis propios prejuicios como pocas veces antes, así como a reflexionar sobre la dificultad de nuestro trabajo cuando tenemos datos de tanta densidad como el que les relato, situación que ampliaba la visión sobre un problema común a los analistas de niños y jóvenes: tenemos siempre datos acerca del paciente antes de encontrarnos con él o ella. Esta experiencia me alertó sobre la necesidad de tener una posición de observación abierta tomando también en cuenta mis propias reacciones. Así terminé aceptando que tenía más preguntas que respuestas. Este caso y la discusión han aparecido publicados en el IJPA (Ungar, V. 2009) y en castellano en el Libro Anual de Psicoanálisis (Ungar, 2010), por lo que sólo voy a exponer aquí algunas cuestiones aún abiertas a la discusión que surgieron de esta experiencia, que resultó para mí altamente reveladora.

En primer lugar, el avance de la tecnología y de la ciencia ha producido un hecho que se podría formular así:

Ya no es necesario un padre, una madre y una relación sexual entre ambos para que se conciba y nazca un niño. Se puede decir que el óvulo y el espermatozoide se han “independizado” del cuerpo de una madre y un padre. Si esto no nos lleva a cuestionarnos la teoría del Complejo de Edipo y la teoría del incesto en algún momento, vamos a quedar por fuera de una realidad que nos apela como psicoanalistas.

¿Cómo va a elaborar su Complejo de Edipo un niño con dos padres? ¿Cómo le va a afectar tener una pareja de padres del mismo sexo? Surgen cada vez más preguntas. Agregaría otra cuestión: pienso que hay que seguir pensando sobre la base inconciente de nuestra sexualidad, sobre el riesgo de pensar que una mujer va a desempeñar el rol materno y un hombre el paterno. Yo no pienso que el Complejo de Edipo esté escrito en nuestro genoma, por decirlo de alguna manera. Pero también es cierto que hasta hoy, la pulsión que organiza las relaciones humanas, tiende a formar la situación edípica clásica.

Por otra parte, el ideal predominante en nuestra época tiene más que ver con una visión narcisista de sí mismo y menos con la representación de ser miembro de la trilogía edípica: madre, padre y niño.

Yo creo que los cambios que vemos en la clínica van a reflejarse necesariamente en la teoría psicoanalítica. Vamos a tener que discutir y repensar temas fundamentales, cruciales del Psicoanálisis tales como la configuración edípica, la naturaleza del incesto, las relaciones familiares y su doble inscripción: la familia interna y externa.

La sexualidad también va a revisarse como también los mecanismos mentales que conocemos como defensas los analistas. En la clínica actual con niños el mecanismo de defensa clásica, la represión se deja ver pero también es cierto que el mecanismo de

escisión o splitting refleja sus efectos en la conducta de los niños y sobre todo, en los trastornos en la constitución de la subjetividad.

En relación a los cambios y a los mecanismos mentales que parecen predominar no podemos dejar de dedicarle un buen espacio a otro aspecto del avance tecnológico: los medios masivos de comunicación. En la actualidad, los medios se imponen de manera directa al niño, atravesando toda la cobertura que, yendo de lo nuclear hacia fuera, podrían ofrecer la familia, la escuela, o el club en otros tiempos.

De esta manera, el espacio en el que se desarrollan los vínculos ha sufrido cambios, se han sobreimpreso los espacios virtuales de la mano de los vertiginosos cambios tecnológicos.

El niño tiene acceso y habilidad para entrar en esa interacción mucho mayor que la de sus padres. Los adultos seguimos haciendo un gran esfuerzo para comprender, los niños operan directamente sobre las herramientas tecnológicas con total naturalidad. Hace pocos días vi a una beba de 6 meses tocando los íconos de la pantalla del iPhone de su madre. Recuerdo el asombro de unos padres que me relataron que su hijo de 18 meses ya sabe prender la computadora y con el mouse clicar en el ícono que lo lleva a su personaje favorito.

Los analistas de niños tenemos frente a nosotros el desafío de comprender el uso que los niños dan a la nueva serie de herramientas que se filtran en sus propias subjetividades. Tengo la experiencia de que hace muchos años que vengo ofreciendo en el consultorio los mismos juguetes simples, y en mi caso particular, los chicos juegan con lo que les ofrezco. Creo que solo una vez en mi vida de analista me preguntaron si no tenía computadora y cuando dije que no, el nene siguió armando una torre con los cubos. Quiero decir que el niño va a seguir expresando sus fantasías y abriendo su capacidad

imaginativa usando lo que se le ofrezca. Ahora, incluye a los superhéroes, los animés, pero básicamente el guión de los juegos es tan arcaico como lo es el hombre.

Por otra parte ahora el chat y los juegos en red pueden ser el lugar del intercambio grupal para los púberes y adolescentes. Online uno es quien quiere ser de acuerdo al patrón social y mediático imperante en el momento. Tampoco es necesario encontrarse personalmente, se puede usar la computadora o el celular que cada vez tiene más elementos. En ese sentido, pienso que el tema de los vínculos online pueden ser una alternativa a la manera de espacio de ensayo (¿sería muy aventurado pensarlo como espacio transicional?) que prepara para la salida al mundo real. Todo va a depender del uso que cada niño le de al elemento que se le ofrece, en eso no hay nada de nuevo. No es lo mismo un chico que pasa horas frente a la computadora y no interacciona con sus pares que otro que chatea, pasea en Facebook, juega en red y además sale, hace deportes y se reúne con sus amigos.

Un tema aparte merece la cuestión de los celulares y una manera de comunicación actual muy diferente. Hasta los niños tienen celulares y la manera en que han entrado en los consultorios es muy impactante. Si bien el encuadre impone que ni paciente ni analista lo usen durante la sesión y de eso casi no hace falta hacer ninguna aclaración, los pacientes de todas las edades mandan textos: “llego en 5”...”estoy atascado en el tránsito”...” me cambiaron la fecha del examen, podés cambiarme la hora de mañana? son sólo algunos de los ejemplos.

Negarnos a aceptar estos mensajes sería, a mi juicio, necio. Lo que sí podemos hacer es pensar junto con el paciente que fantasía se despliega en algunos casos: ¿alguna de intrusión en el análisis de otro paciente?, ¿en la vida privada del analista? ¿Otra fantasía de “estar en la sesión aunque esté atascado en el tránsito”? Como toda situación

analítica, tendremos que pensarla en su contexto y en eso no se diferencia de lo que hicimos siempre.

Estoy convencida de que tendríamos que evitar una posición normativa que condene los modelos de la época. Nuestro lugar es el de la observación, reflexión, discusiones en espacios compartidos con colegas y con especialistas en otras disciplinas, como la Antropología, el Derecho, la Sociología y la Educación para tratar de comprender lo que ocurre.

Retomando el tema de los cambios en la teoría psicoanalítica, mi impresión es que los mecanismos mentales usados por los niños y los adolescentes se acercan más a los que están ligados a la escisión o *splitting* que a la represión. No es que piense que la represión no se utiliza pero el tipo de interacción mediática por la cual un chico puede estar mirando televisión, chateando, mirando un video corto de You Tube, paseando por Facebook, enviando un SMS por el celular lo entiendo más si pienso en un *splitting* y disociación de diversos niveles del self que le permiten ¿dispersar? ¿concentrar? la atención en varias cosas a la vez.

Para terminar, hay un cambio muy notorio que se relaciona con la prevalencia o mejor dicho, la imposición de la *imagen*. En este sentido, la realidad virtual o mediática ha generado cambios que afectan las categorías de espacio y de tiempo, e incluyen también a los vínculos y a la relación que llevamos con nuestro cuerpo.

Los medios masivos construyen Ideales del Yo, modelos a los cuales se aspira, a través de lo que se debe ser, del producto que *se debe* comprar, el alimento que se debe consumir. No me voy a extender en esto, lo dejo planteado, pero el auge inestimable en números de entradas en los fotologs, My Space, Facebook nos hablan de la importancia de la imagen en los jóvenes, quienes están tramitando la angustia por la pérdida de la

representación de sí mismo y de su cuerpo infantil en un cambio acelerado que el mundo interno no alcanza a absorber, y necesita ser mirado y reafirmado por los otros – sus pares- que, como espejos parlantes con sus mensajes le devuelvan algo, que aunque es casi siempre confuso e infantil, pero que trae cierta calma a la angustia ligada al vacío de existencia.

Retomo aquí la idea de que los cambios serán mucho más visibles retrospectivamente. Pero debemos estar abiertos a ellos, no desde una postura símil adolescente sino de genuino asombro y deseo de conocer.

Referencias

Berenstein, I. (2001) “Transferencia: Hecho nuevo y/o repetición. Producción vincular y/o individual”, cap. 6, en El Sujeto y el Otro. De la ausencia a la presencia, Buenos Aires, Paidós, 2001.

Bion, W.R. (1965) Transformaciones. Del aprendizaje al crecimiento, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1972.

Freud, S. (1912) Sobre la dinámica de la transferencia, Obras Completas, XII, Amorrortu, 1976.

Moreno, J (2000) “¿Hay lugar para lo indeterminado en Psicoanálisis?”, en Clínica familiar Psicoanalítica. Estructura y acontecimiento, Paidós, Buenos Aires, 2000.

Moreno, J. (2002) Ser humano, cap. 8, editorial libros del Zorzal, 3ª edición, editorial Letra Viva, Buenos Aires, 2010

Puget, J. (2001) “Lo mismo y lo diferente”, en Actualidad Psicológica, año XXVI, n°284, Bs As, 2001

Ungar, V. (2009) “Acontemporary child-case discussion”, IJPA, volume 90, number1,
2009. También en Libro Anual de Psicoanálisis, XXV, 2010.